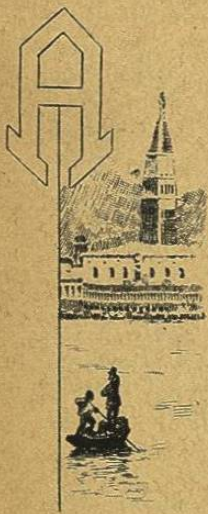


XXIII



L día siguiente me desperté con tan buen humor, que ni aun volví á pensar en salir de Venecia. Hacia un tiempo hermosísimo y templado como en la primavera: mil elegantes damas cubrían los muelles y se reían de los dicharachos de las máscaras, que reclinados en los antepechos de los puentes, embromaban á todo el mundo y dirigían alternativamente desvergüenzas ó lisonjas á las mujeres feas ó bonitas. Era el martes de carnaval, triste aniversario para Julieta; quise pues distraerla y la propuse que saliésemos á dar un paseo, en lo que consintió con gusto.

Veíala yo con orgullo andar á mi lado. En Venecia es poco común dar el brazo á las mujeres; sólo se las sostiene por el codo para subir y bajar las escaleras de mármol blanco que se presentan á cada paso para cruzar los canales. Tenía Julieta tanta gracia y soltura en todos sus movimientos, que me causaba en verdad una alegría pueril sentirla apoyarse apenas en mi mano para pasar los puentes; todos los ojos se fijaban en ella, y las mujeres que nunca miran con placer la hermo-

sura de otra mujer, miraban al menos con interés la elegancia de su traje y de su porte, que hubieran querido imitar. Aún me parece que la estoy viendo; llevaba un vestido de terciopelo morado con un boa y un manguito de armiño; su gorra de raso blanco ceñía su rostro siempre pálido, pero tan perfectamente bello, que á pesar de siete ú ocho años de fatigas y de pesadumbres mortales, todos la daban dieciocho años á lo más; sus medias de seda rosadas eran tan transparentes, que se veía al trasluz su cutis blanco y mate como el alabastro. Luego que pasaba, los que no podían ya ver su rostro, seguían con la vista aquellos menudos piecillos, tan raros en Italia. Y yo era feliz viéndola así admirada, y se lo decía, y ella me sonreía con inefable ternura. ¡Yo era feliz!...

Adelantóse en esto sobre el canal de la Giudecca un buque empavesado y lleno de máscaras y de músicos. Propuse á Julieta que tomásemos una góndola para acercarnos á ver los trajes, y ella accedió como siempre; muchos siguieron nuestro ejemplo, y pronto nos hallamos metidos en un grupo de góndolas y de lanchas que acompañaban con nosotros al buque empavesado, y parecían servirle de escolta.

Oímos decir á los gondoleros que aquella comparsa de máscaras se componía de los jóvenes más ricos y elegantes de Venecia. Todos ellos, en efecto, eran en extremo bizarros y galanes; sus trajes eran riquísimos, y el barco estaba decorado de velas de seda, de banderolas de gasa de plata y de alfombras turcas verdaderamente magníficas. Sus trajes eran los de los antiguos venecianos que, por un feliz anacronismo, ha reproducido Pablo Veronés en muchos asuntos de devoción, y entre otros en el soberbio cuadro de las bodas de Canaán que regaló á Luís XIV la república de Venecia, y que se halla actualmente en el museo de París. Llamé especialmente mi atención en el borde del buque, un joven vestido de un largo ropón de seda verde-claro, recamado de anchos arabescos de oro y plata; estaba en pie tocando la guitarra en una actitud tan noble, tan airosa, que parecía hecho de intento para usar aquellos magníficos vestidos. Hícesele observar á Julieta, que levantó los ojos hacia él maquinalmente, le vió apenas y me respondió:

—¡Sí, sí, muy galán!—pensando en otra cosa.

Seguíamos en tanto nuestro rumbo, é impelidos por las

otras lanchas, estábamos casi en contacto con el buque empavesado, precisamente por el punto donde estaba aquel hombre; Julieta estaba también en pie conmigo y se apoyaba en la baranda de la góndola para que no la derribaran los fuertes encontrones que á cada instante nos daban las otras lanchas. De pronto aquel hombre se inclinó hacia Julieta como para reconocerla, pasó la guitarra al que tenía á su lado, se quitó su careta negra, y se volvió de nuevo hacia nosotros, con lo que pude ver su rostro que era hermoso y noble como el que más; Julieta, que seguía con ojos inmóviles la corriente de las aguas, no lo vió. Llamóla entonces á media voz, y la ví estremecerse de súbito como herida de una fuerte conmoción galvánica.

—¡Julieta!—repitió con voz más sonora.

—¡Leoni!—gritó ella fuera de sí.

Todavía se me figura que fué aquello un sueño; por espacio de algunos instantes creo que perdí la vista y el sentido. Julieta se lanzó hacia aquel hombre, impetuosa y rápida; de repente la ví transportada como por encanto al buque, en los brazos de Leoni; un beso frenético unía sus labios. Tuve entonces una especie de irresistible mareo; toda mi sangre se agolpó en mi cerebro, extraños rumores zumbaron en mis oídos, y un denso velo cubrió mis ojos; ni sabía siquiera entonces lo que me pasaba. Volví en mí cuando estaba ya subiendo la escalera de mi posada; entonces advertí que estaba solo, y que Julieta me había abandonado por Leoni.

Por espacio de tres horas estuve entregado á una rabia indecible, durante la cual parecía un energúmeno... Al caer la tarde recibí una carta de Julieta concebida en estos términos:

«¡Perdóname, perdóname, Bustamante! Te aprecio, te venero, te bendigo de rodillas por tu amor y tus beneficios: no me aborrezcas porque sabes que no me pertenezco á mí misma, que una mano invisible dispone de mí y me arroja á pesar mío en los brazos de este hombre. ¡Oh, amigo mío, perdóname, no te vengues! Le amo y no puedo vivir sin él; no puedo saber que existe sin desearle, no puedo verle pasar sin seguirle. Es mi señor y yo soy su esclava... ¿qué quieres? me es imposible sustraerme á su pasión y á su autoridad. Ya has visto si he podido resistir á su voz; me llamó y volé á sus

brazos; una fuerza magnética, un irresistible imán me arrancaba de donde estaba y me impelió á su corazón... Y, sin embargo, yo estaba junto á tí, tenía mi mano en la tuya, ¿por qué no me detuviste? Te faltaron las fuerzas para hacerlo; tu mano se abrió, tu boca no pudo llamarme; ya ves que esto no dependé de nosotros; hay una voluntad oculta, una fuerza mágica que dispone y ejecuta estas cosas. No puedo romper el lazo que existe entre Leoni y yo: ese lazo es la cadena que une á dos presidiarios, pero la mano misma de Dios la ha remachado.

»¡Oh Alejo, Alejo, no me maldigas, amigo mío: déjame, yo te lo pido, sé feliz! ¡Si supieras cuánto me ama aún, con cuánta alegría me ha recibido! ¡qué caricias, qué palabras, qué lágrimas las tuyas! Estoy como en un sueño. Debo olvidar su crimen conmigo, porque estaba loco; después de haberme abandonado, llegó á Nápoles en tal estado de insensatez que tuvieron que encerrarle en una casa de locos. No sé por qué milagro salió de ella enteramente restablecido, ni por qué capricho de la suerte se halla ahora de nuevo en el colmo de la opulencia, pero está más galán, más brillante y más enamorado que nunca. Déjame, déjame amarle, aun cuando deba no ser feliz más que un día y morir mañana; ¿no debes tú perdonarme que le ame tan locamente, tú que me profesas una pasión tan ciega y que merezco tan poco?

»¡Perdóname! perdóname, porque estoy loca y no sé de qué te hablo, ni lo que te pido. ¡Oh! no te pido que me recojas y me perdones cuando me haya abandonado de nuevo. ¡No, tengo demasiado orgullo para hacerlo... nada temas! Conozco que ya no te merezco, que no podría sostener tus miradas, que no soy digna de tocar tu mano... ¡Adiós, pues, Alejo! ¡Sí! Te escribo para decirte adiós; porque no puedo separarme de tí sin decir que esta idea desgarró mi corazón, y que algún día le harán pedazos tal vez el dolor y el arrepentimiento. ¡Sí, sí, serás vengado! Serénate ahora, perdóname, compadéceme, pide á Dios por mí, sabe que no soy una ingrata estúpida que desconoce tu carácter y sus deberes para contigo; no soy más que una infeliz arrastrada por la fatalidad y que no puede ya detenerse; con todo, vuelvo mi rostro hacia tí y te digo mil veces adiós, y te envío mil besos y mil bendiciones... Pero la tempestad me envuelve y me arrebató; cuando perez-

ca en los escollos en que debo estrellarme, repetiré tu nombre, y te invocaré como un ángel de misericordia entre Dios y yo.—JULIETA.»



Esta carta me causó un nuevo arrebato de cólera, á que siguió una honda desesperación. Sollocé como un niño por espacio de muchas horas, y sucumbiendo en fin al cansancio,

me dormí en una silla, solo en aquella espaciosa estancia donde me había contado Julieta su historia el día antes. Despertéme sereno, encendí lumbre en la chimenea, y dí varios paseos por mi cuarto con paso lento y mesurado.

Cuando llegó el día, me senté y volví á quedarme dormido; ya había tomado una resolución y estaba tranquilo. Á las nueve salí de la posada, y tomé por la ciudad ciertos informes que necesitaba. Todos ignoraban por qué medios había restablecido Leoni su opulencia; sólo sabían que era rico, pródigo y disoluto; que todos los elegantes iban á su casa, imitaban su manera de vestir, y se honraban con el título de compañeros suyos de bromas y calaveradas. El marqués Lorenzo de... le acompañaba á todas partes y participaba de su boato; ambos estaban enamorados de una cortesana célebre, y esta mujer, por un capricho inexplicable, rehusaba todas sus ofertas y se mostraba con ellos rigurosa y cruel en sumo grado. Tanto había avivado su resistencia los deseos de Leoni, que la hizo promesas exorbitantes, y estaba dispuesto á hacer por ella los mayores disparates.

Fuí inmediatamente á su casa, y por cierto que me costó no poco trabajo hacerme introducir; al fin me admitió á su presencia y me recibió con aire altanero, preguntándome qué se me ofrecía, en tono de persona impaciente por despachar á un importuno.

—Vengo á pedirla á usted un favor—la dije.—¿Aborrece usted á Leoni?

—Sí—me respondió;—le aborrezco de muerte.

—¿Me será permitido saber por qué?

—Porque ha seducido á una hermana mía de pocos años, que tenía en Friuli, y que era inocente y buena; la infeliz ha muerto en un hospital. Yo quisiera hacer trizas el corazón de Leoni.

—¿Quiere usted ayudarme entre tanto á hacerle una burla muy pesada?

—Sí.

—¿Quiere usted escribirle y darle una cita?

—Sí, con tal de no asistir á ella.

—Por supuesto; ahí tiene usted el modelo del billete que le ha de escribir.

« Sé que has encontrado á tu mujer, y que la amas. Ayer me

cansaban tus galanteos; hoy me halaga la idea de hacerte ser fiel; quiero ver además si el gran deseo que tienes es capaz de hacerte arrastrarlo todo, como aseguras. Ya sabes que doy un concierto esta noche en el mar; te esperaré en una góndola, y te seguiré; tú conoces á mi gondolero Cristófono; estate en el borde de tu lancha; y salta á mi góndola apenas la veas. Pasaré una hora contigo, después de la cual me cansaré de ti, acaso para siempre. Para nada quiero tus regalos; me basta esta prueba de amor. Esta noche, ¡ó nunca!»

La Misana, tal era el nombre de la vengativa ramera, halló este billete muy á su gusto, y le copió riendo.

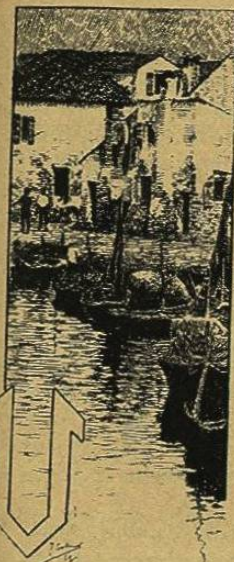
—¿Y qué hará usted con él cuando le tenga metido en mi góndola?—me dijo.

—Le dejaré en la playa del Lido, y le haré pasar allí una noche algo larga, y no poco fresca.

—De buena gana le daría á usted un abrazo de gratitud; pero tengo un amante á quien me he propuesto amar toda la semana. Adiós.

—Es preciso—la dije—que el gondolero esté á mis órdenes.

—No hay duda—me respondió;—Cristófono es inteligente, discreto y robusto; le pongo enteramente á disposición de usted.



XXIV

OLVÍ á mi posada y pasé el resto del día en meditar seriamente sobre lo que iba á hacer. Llegó la noche; Cristófono y la góndola me esperaban al pie de mi ventana, y bajé disfrazado con un traje de gondolero. No tardó

en dejarse ver el bote de Leoni, todo iluminado con candilejas de mil colores, que brillaban como espléndidas pedrerías desde la cima de los mástiles hasta la punta de los menores cables, y lanzando cohetes hacia todos lados en los intervalos de una música deliciosa. Sentéme en la popa de la góndola, con un remo en la mano, y no tardé en llegar junto á él. Leoni estaba sentado en el borde, con el mismo traje que el día anterior; Julieta, magníficamente vestida, iba sentada en medio de los músicos, pero se conocía que estaba abatida y sepultada en tristes reflexiones. Quitóse Cristófono la gorra, y levantó la linterna hasta la altura de su rostro; Leoni le reconoció y saltó ligeramente en la góndola.

No bien hubo puesto el pie en ella, le dijo Cristófono que

la Misana le esperaba en otra góndola junto al jardín público.

—Y ¿por qué no está aquí?—preguntó.

—Non sò—respondió el gondolero con muestras de indiferencia, y empezó de nuevo á remar, ayudado vigorosamente por mí, de modo que al cabo de pocos momentos dejamos muy atrás el jardín público. Una espesa bruma nos rodeaba; Leoni preguntó varias veces si llegaríamos pronto, mientras nos deslizábamos rápidamente sobre las serenas aguas; la luna pálida y empañada de espesos vapores, blanqueaba la atmósfera sin iluminarla. Pasamos cual si fuéramos contrabandistas el límite marítimo que no se puede salvar generalmente sin un permiso especial de la policía, y no nos detuvimos hasta llegar á la arenosa playa del Lido, en un sitio bastante retirado para no correr peligro de encontrarnos con ningún sér viviente.

—¡Canallas!—exclamó nuestro prisionero—¿adónde diablos me habéis traído? ¿Dónde están las escaleras del jardín público? ¿dónde está la góndola de la Misana? ¿pero qué es esto? ¡Estamos pisando arena!... Os habéis extraviado con la niebla y me habéis desembarcado donde os ha dado la gana...

—No señor—le dije en italiano;—tenga usted la bondad de dar algunos pasos conmigo y encontrará usted á la persona que busca.

Siguióme en efecto, y al punto Cristófano, con arreglo á mis órdenes, se alejó con la góndola y fué á esperarme en la opuesta playa de la isla.

—¿Piensas despachar de una vez, tunante?—me dijo Leoni al cabo de diez minutos de paseo por las costas.—¿Quieres que me hiele aquí? ¿Dónde está tu señora? ¿adónde me llevas?

—Señor—le respondí volviéndome y sacando de debajo de mi capa los objetos que llevaba conmigo,—permítame usted que le alumbre.

Saqué entonces mi linterna sorda, la abrí y la colgué de una de las estacas clavadas en la orilla para amarrar los botes.

—¿Qué diablos estás haciendo?—me dijo.—¿Has perdido el seso? ¿De qué se trata?

—Se trata—le respondí, sacando dos espadas de debajo de mi capa—de que se bata usted conmigo.

—¿Contigo, bellaco? Ahora verás cómo te doy una buena tunda...

—¡Alto ahí!—le dije agarrándole por el cuello con un vigor que le dejó algo confuso;—yo no soy lo que usted se imagina. Soy noble tanto ó más que usted; además, soy un hombre de bien, y usted es un malvado; con que ya ve usted que le hago mucho honor midiendo su espada con la mía.

Parecióme que mi adversario daba diente con diente y procuraba escaparse, pero yo le cerré el camino.

—¿Qué me quiere usted? En nombre de Satanás, dígame usted quién es—exclamó,—porque yo á fé mía que no le conozco. ¿Á qué fin me ha traído usted aquí? ¿Quiere usted asesinarme? No traigo ningún dinero conmigo. ¿Es usted un ladrón?

—No—dije;—aquí no hay más ladrón ni más asesino que usted; basta ya de disimulo.

—¿Es usted enemigo mío?

—Sí, lo soy.

—¿Cómo se llama usted?

—No tengo para qué decirlo; ya lo sabrá usted si me mata.

—¿Y si no quiero matarle?—respondió encogiéndose de hombros y procurando mostrar cierta serenidad.

—Entonces le mataré yo á usted—le respondí,—porque juro que uno de los dos ha de pasar aquí la noche.

—¡Usted es un bandido!—exclamó haciendo terribles esfuerzos por desasirse:—¡Socorro! ¡Socorro!

—Es inútil gritar—le dije;—el murmullo de las olas cubre la voz de usted, y estamos muy lejos de todo socorro humano. Estése usted quieto si no quiere que le ahogue; no me irrite usted y aprovéchese del único medio de salvación que le ofrezco; yo quiero matarle á usted, pero no asesinarle; bátase usted conmigo y no me obligue á echar mano de la ventaja que tengo en fuerzas sobre usted, como está viendo.

Y mientras así le hablaba, le sacudía del brazo con vehemencia y le hacía doblegarse como un mimbre, aunque era bastante más alto que yo. Conoció por fin que estaba á mi disposición y procuró disuadirme.

—Pero, caballero, si no está usted solo—me dijo,—sin duda tendrá algún motivo para batirse conmigo. ¿Qué le he hecho yo á usted?

—No quiero decírselo—respondí,—y es usted un cobarde en preguntarme la causa de mi venganza, cuando usted es quien debía pedirme satisfacción.

—¿De qué?—repuso azorado.—En mi vida le he visto á usted, y aunque hay muy poca luz para que pueda distinguir sus facciones, estoy seguro de que oigo su voz por primera vez.

—¡Cobarde! ¿no siente usted necesidad de vengarse de un hombre que se ha burlado de usted, que le ha hecho dar una cita para reirse de su credulidad y que le trae aquí á pesar suyo para provocarle? Me habían dicho que era usted un valiente, pero ¿tendré que ponerle la mano encima para despertar su valor?

—¡Es usted un insolente!—dijo violentándose evidentemente para mostrarse sereno.

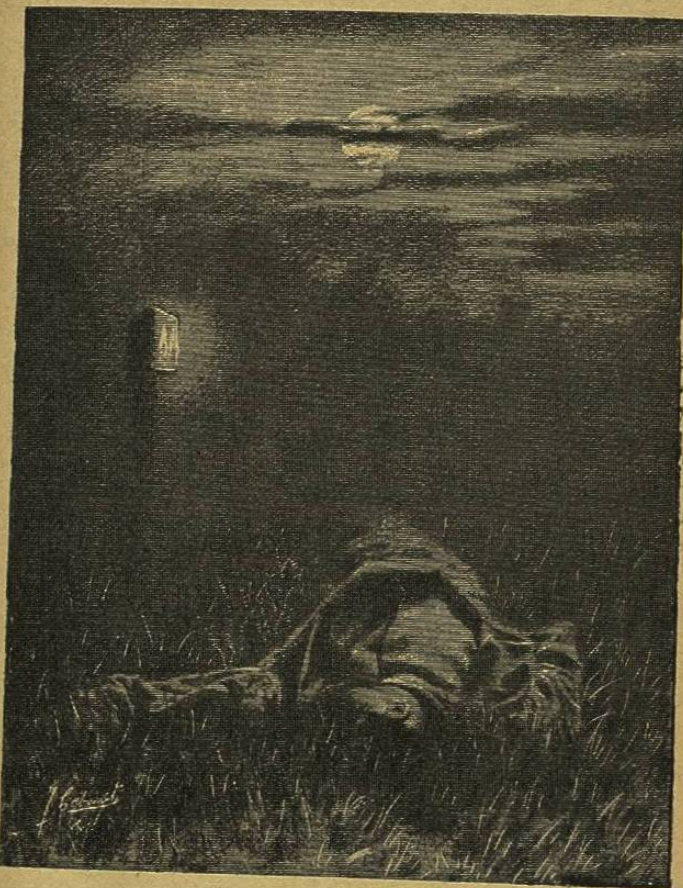
—Lo agradezco—le respondí;—ahora le pido á usted la satisfacción de ese insulto, y voy á dársela de esta bofetada.

Púsele en efecto la mano en el rostro, y el miserable lanzó un bramido de cólera y de terror.

—Nada tema usted—le dije sujetándole con una mano dándole con la otra una espada;—¡en guardia! Sé que es usted el primer espadachín de Europa, y yo estoy muy lejos de ser tan diestro; pero también es verdad que yo estoy sereno y que usted tiene miedo, lo que nos coloca hasta cierto punto en circunstancias iguales.

Entonces, sin darle tiempo para responder, le atacé vigorosamente, pero él tiró su espada y echó á correr; le perseguí, le alcancé, y le llené de improperios por su villanía; le amenacé con tirarle al mar y ahogarle si no se defendía. Cuando vió que le era imposible escaparse, cogió la espada, y sacando fuerzas de flaqueza, halló aquel valor desesperado que da aun al más cobarde el temor á la vida y el peligro inevitable; pero ya fuese porque la débil claridad de la linterna no le permitiera dirigir bien sus golpes, ya porque le obcecara enteramente el miedo y le privase de toda su presencia de ánimo, lo cierto es que el tan terrible duelista me pareció hombre de poquísima destreza. Yo estaba tan decidido á no abusar de mi superioridad con él, que por mucho tiempo no

quise matarle, aunque varias veces hubiera podido hacerlo; pero al fin se precipitó sobre mi espada queriendo hacer una finta, y se clavó en ella hasta la empuñadura.



—¡Justicia, justicia!—dijo al caer.—¡Muero asesinado!

—Pides justicia y la obtienes—le respondí.—Mueres á mis manos como Henryet murió á las tuyas.

Lanzó un sordo rugido, mordió la arena y exhaló el alma.

Cogí las dos espadas y fui á buscar la góndola; pero al cruzar la isla, mil sensaciones confusas se agolparon en mi imaginación; de pronto flaquearon mis fuerzas, y me senté en una de aquellas tumbas hebraicas (1), casi del todo cubiertas por la hierba y que corroe incesantemente el viento áspero y salado del mar. La luna empezaba á salir de entre los vapores, y las piedras blancas de aquel vasto cementerio se destacaban sobre la sombría verdura del Lido. Pensaba yo en lo que acababa de hacer, y mi venganza, cuya idea tanto me sonreía poco antes, me apareció bajo un triste aspecto; sentía como una especie de remordimiento, y sin embargo creía haber hecho una acción legítima y santa, purgando á la tierra y libertando á Julieta de aquel demonio encarnado. Pero yo no me esperaba hallarle cobarde; contaba con encontrar en él un terrible espadachín, y al resolverme á lidiar con él, había hecho el sacrificio de mi vida. Habérsela quitado tan fácilmente me tenía confuso y como aterrado; además, no hallaba satisfecho mi odio con la venganza, antes bien le sentía desvanecido por el desprecio. Cuando ví que era tan cobarde, decíame, debí perdonarle, debí olvidar mi resentimiento contra él, y mi amor á una mujer capaz de preferirme á semejante hombre.

Pensamientos confusos, dolorosas agitaciones se agolparon entonces en mi cerebro. El frío, la noche, la vista de aquellas sepulturas me calmaban tal vez por algunos instantes, sumergiéndome en una especie de hondo estupor, del que salía violenta y dolorosamente recordando de repente mi situación, la desesperación de Julieta y el aspecto de aquel cadáver que yacía no lejos de mí sobre la arena ensangrentada.—Tal vez no haya muerto, dije entre mí, y tuve vagos deseos de ir á reconocerle; casi hubiera deseado volverle á la vida. Las primeras horas del día me sorprendieron en esta irresolución, y entonces pensé en que la prudencia me aconsejaba separarme de aquellos sitios; fui pues á reunirme con Cristóforo, á quien hallé perfectamente dormido en su góndola, y á quien me costó mucho trabajo despertar. La vista de aquel tranquilo

(1) El espacioso arenal del Lido está destinado en Venecia para cementerio de los judíos.—(N. del T.)

sueño me causó envidia; como Macbeth (1), acababa de divorciarme con él por mucho tiempo.

Volví lentamente brizado por las aguas que teñían ya de púrpura los primeros rayos del sol, y pasé por junto al barco de vapor que hace la travesía de Venecia á Trieste. Era la hora de su partida; las ruedas batían ya el agua espumosa, y rojas chispas brotaban del cañón de la caldera entre espirales de humo negro y espeso: multitud de lanchas traían gran número de pasajeros. Una góndola se rozó al paso con la nuestra, y se amarró al buque; de ella salieron un hombre y una mujer que subieron rápidamente la escalera del paquebote; apenas pusieron los pies en la cubierta, partió la embarcación con la velocidad del relámpago. Volviéronse uno y otro hacia la popa para ver la estela (2), y al punto conocí en ellos á Julieta y Leoni. Creí estar soñando; me pasé la mano por los ojos y llamé á Cristóforo:

—¿Es ese, en efecto—le dije—el barón Leone de Leone que parte con una dama?

—Sí señor—me respondió.

Prorrumpí en una espantosa blasfemia, y luego, dirigiéndome otra vez al gondolero:

—¿Pues quién era—le dije—el hombre á quien llevamos anoche al Lido?

—Bien debe saberlo su excelencia—me respondió;—era el marqués Lorenzo de...

(1) Personaje de una tragedia de este nombre, de Shakespeare.—(N. del T.)

(2) Llámase así en términos de náutica el surco que deja un buque en las aguas navegando.—(N. del T.)

FIN DE LEONI LEONE.